

De la huida a la nostalgia

La construcción del desierto en la literatura potosina*

Alexandro Roque

APENAS LLEVABAN TRES DÍAS en el desierto y ya los israelitas reclamaban a Moisés que los hubiera sacado de Egipto, en lugar de dejarlos morir y ser sepultados en el reino del faraón, finalmente su hogar. Poco después (relativamente) el profeta Isaías pedía “preparar en el desierto el camino al Señor, allanar en la soledad calzada para nuestro Dios”.

Llego a esta soledad tan bien acompañada con las ganas de saber, más que de demostrar. Sin apoyo oficial de las instituciones educativas o de investigación de mi tierra, sólo como escritor interesado en conocer cómo se han construido las identidades del lugar en el que nací, me presento con la intención de oír a las voces que claman en el desierto y para que los expertos y los no tanto me tienten: “todo lo que ves es tuyo”.

El desierto como hogar, como lugar de partida y no sólo de tránsito. Toda conversión, ya lo sabía Juan el Bautista, implica confesión, la palabra, y no sólo agua, sino viaje.

El siglo XXI ha traído consigo una tendencia en ciertas ciencias sociales (lingüística, antropología, sociología, etc.) a reivindicar, a dar precisión a significados que han sido a su parecer injustamente adjudicados; una tendencia que parece situarse en la búsqueda de lo (política y académicamente) correcto (adultos en plenitud, indígenas, negritud, comunidad, sexoservicio, género, etc.). Este ensayo intenta mostrar y sumergir a sus lectores en la búsqueda de las tribus que habitaron el desierto de lo que después fue conocida como *Aridamérica*, en particular el de San Luis Potosí,

donde esas tribus mayormente desaparecidas, que fueron llamadas “nómadas” y hoy son consideradas “semi-nómadas” —con la carga simbólica que ello conlleva— tienen un gran paralelismo con las tribus asentadas hoy en ciudades y pueblos, cuando más que hablar de tribus urbanas conviene hablar de urbes tribales.

El santo patrono de la literatura potosina, Manuel José Othón, mártir de los sacerdotes historiadores, demostró que en el desierto hay calma aparente pero todo tiene vida. Hay florecimientos, ciertamente extraños, aunque las flores desérticas tienen colores y un olor propio que no todos tienen la sensibilidad de apreciar. “La piedra tiene acentos”, escribió Othón, que quiso huir del desierto pero volvió a él; tuvo que volver, a pesar de sentirse amenazado por “la tenaza del odio, /de la envidia el corvo diente /y el venenoso aliento de las almas por la corte oprimidas” (*Nostálgica*).

Él se dijo “peregrino que ha muchos años busca la tierra prometida” (*Canto del regreso*) y la encontró en la ciudad de México, según le contó a su esposa en lo que pudiera ser la epístola al literato potosino: “aquí está nuestro lugar, es nuestra ciudad, aunque la hemos amado de lejos. Así me lo dicen todos, amigos y conocidos, por ti y por mí; y de cualquier manera, aquí nos vendremos definitivamente”. Más aún, en otra carta confesó a un amigo “hace seis años que salí de mi tierra sin intención de volver a ella. Regreso forzado por circunstancias familiares, o salud, o miedo”, Othón llegó a San Luis a “recoger las sagradas memorias” con que ungiría “de nuevo mis moribundas glorias” (*Canto del regreso*).

Hoy, en tiempos de globalización o mundialización, le podríamos llamar vagabundo, nómada —en el uso que

*Texto presentado en el Primer Congreso internacional e Interdisciplinario de Poesía, Poéticas y Literatura de Viaje de los Desiertos del Mundo, Parras de la Fuente, Coahuila, 7 al 11 de julio de 2008.

ha popularizado Michel Maffesoli a pesar de no ser tan aceptado entre sus colegas— o seminómada —según lo políticamente correcto—, como también se dio en llamar a los antiguos habitantes de la Huey Chichimecatlalli, la tierra de este poeta, un territorio que abarcaba de San Felipe, Guanajuato, a Saltillo, Coahuila, y de la Sierra Madre Occidental a Zacatecas.

La tierra potosina como representación literaria, como toponímico, aunque tierra de suculentas y gobernadoras no es el desierto, no siempre, casi nunca, a pesar de que 26 de sus 58 municipios son altiplano. Como Othón, hay otros potosinos que han optado por dejar el desierto y sus leguas “tan tristes como fastidiosas”, según se describe en un diario de viaje de 1827, “un terreno extremadamente estéril sin ningún arroyo, y regado pocas veces por las lluvias” (Berlandier, citado en la *Breve historia de San Luis Potosí*, FCE).

En la cabecera estatal, la cantera y el adoquín son la base de sus apretadas calles, de sus ridículas banquetas. Escritores y gobierno han intentado encontrar sus oasis, por más que en ocasiones parecieran productos de fata morgana. Sus ríos, principalmente los de la capital del estado, han desaparecido o hasta han sido pavimentados, para dar paso a zonas que nadie pensó que fueran habitadas, y los nombres de cauces hoy son vías para automóviles: La Corriente, Río Española, Río Santiago.

Tierra de contrastes no siempre aceptados, de origen minero y de destino incierto, San Luis Potosí le tiene miedo a definirse como desértico, y en sus textos suelen surgir como idílicos o entrañables la Huasteca y la zona media por cuanto tienen de humedad y se manejan en otra dinámica social, a cuyos habitantes hasta miedo o resquemor les da asumirse como potosinos. La Huasteca como la Tierra Caliente suele llamar a la inspiración: es la humedad que permite respirar sin dolor. El mar más cercano. El sustituto fraterno con sus cargas de comida grasienta y piel descubierta. La zona media destaca con sus décimas y valonas, con su Media Luna, su asado de bodas.

En el altiplano la joya en la inmensidad es Real de Catorce, pueblo fantasma, uno de los pueblos mágicos que impulsa la Secretaría de Turismo, al que los huicholes acuden en peregrinación para encontrar su muy particular y artística visión.

Como a Othón, al desierto se le tiene en la literatura local (que casi siempre se queda en eso) un respeto rayano en el miedo, en la opción que desde su fundación la ha seguido, que es una tierra sin raíces, así lo demuestra la

casi necesidad de sus habitantes de decirse chichimecas o guachichiles, aunque sea una verdad histórica que muchas tribus prefirieron el suicidio al mestizaje por venir, y que por sus venas corre mayormente sangre española y tlaxcalteca, la tribu que llegó a la región a enseñarles a los naturales cómo ser “civilizados”. Pero entre los católicos miedos de los potosinos, el asumir esta identidad brava, altanera, poco dispuesta a aceptar a los “extranjeros”, proporciona a los habitantes del altiplano “zona centro” —división surgida desde lo administrativo— una tranquilidad muy oportuna para esconderse.

La indefinición surge desde que a nivel nacional, a San Luis Potosí se le clasifica en algunas instituciones como zona centro occidente, en otras como norte, o en otras más como noroeste. Desde el centro se le considera norte, desde el norte se le considera otra cosa.

El concepto desierto no ha sido muy concurrido en la literatura potosina. Pareciera que es una serie de ideas ajenas, versos para reforzar sólo las ideas de ciudad o de tránsito, por contraste u oposición casi paradójica, que se dejan fluir lejos, más al norte, donde ya no es San Luis Potosí. No suele aparecer como lugar de residencia, o sitio de encuentro, o parte de la conciencia humana donde se desatan pensamientos que no sería posible encontrar en otra parte.

Me gustaría conocer la obra de otros lugares —por eso vine—, donde autores, narradores y personajes se asumen como parte del desierto. Ir al desierto a meditar es ya de por sí bíblico, pero en El Libro sólo se describen apenas las tentaciones del también errante, de mi amigo Satán, que diría Joaquín Sabina. Lo que pasó los cuarenta días anteriores queda en el olvido literario, en los huecos que hay que llenar como lectores. Parafraseando a Sabine, yo no lo sé desierto...

Es significativo que numerosos libros de poesía de autores publicados por la editorial Ponciano Arriaga del gobierno potosino o la Universidad Autónoma de San Luis Potosí (UASLP), por citar dos de las casas donde se publica más obra de géneros literarios, tengan el concepto mar como central, y que en pocos se mencione la palabra desierto, así sea como referente espiritual o de vacío, aunque la revista que editó hace varios años el Instituto de Cultura local (hoy Secretaría) se llamó *Verdesierto*. La UASLP cuenta con un Instituto de Investigaciones Desérticas, y en El Colegio de San Luis, centro público de investigación Conacyt, tienen un seminario permanente sobre el desierto, de carácter multidisciplinario. Entre otros títulos que refuerzan esta

idea podemos mencionar los poemarios *Mar de dentro*, de Jesús Alberto Leyva o *Muro y mar*, de Jacobo Vázquez.

Como Querétaro, Puebla, Guanajuato o Aguascalientes, la capital de San Luis Potosí con sus cuatrocientos años de soledad es una ciudad católica, por no decir mocha... La anécdota de *Las buenas conciencias* de Carlos Fuentes es historia cotidiana. Un lugar inhóspito, vacío. El antiguo Real de Minas se aferra a su procesión del silencio en Semana Santa y a sus apellidos de abolengo, a una paz provinciana en la que todos se conocen. Una ciudad que como escribió el narrador y ensayista David Ojeda, fue (es) entendida “más como el sitio de su desarraigo y su búsqueda de fortuna que como una vieja morada, su techo”.

¿El desierto? Aquí no es, aquí es una ciudad culta.

Una ciudad de costumbres, de pocos cambios. Madre de las de antes, de misa los domingos de preferencia en catedral y procesión al santuario del desierto. Se le quiere, pero es necesario alejarse de ella. Félix Dauajare, uno de los poetas mayores del siglo veinte potosino, junto con Joaquín Antonio Peñalosa y Manuel Calvillo, escribió: “Si quieres amar a una ciudad /no debes caminar por sus calles /debes irte muy lejos /olvidar que alguien se inclinó sobre ti /cuando palpaste el aire...”

Ajeno, pero su desierto no es como el de Las Vegas o el de Ciudad Juárez: una inmensa caja de arena en la cual todos los gatos pueden tapar sus excrementos. Es sencillamente un sitio solo, triste, el cuenco vacío del agua que no existe más. Un lugar donde hasta los recuerdos se han evaporado. Muchos autores potosinos prefieren ver hacia la exuberancia huasteca, hacia el mar azul, sin detenerse en el riesgo de la epifanía o la insolación, sin ver que todas las ciudades son construcciones mentales. El poeta Norberto de la Torre es uno de los pocos que lo sabe. En *El juego de la oca* (1992) escribió: “Hace días un individuo me preguntó por una calle, una dirección cualquiera, como si no supiera yo, y él, que la ciudad no existe, es un espejismo. Los dos fingimos ubicar un lugar preciso en el desierto y nos separamos, en silencio”.

Y finjamos que San Luis Potosí es ubicable, que es más que una ciudad imaginaria donde el verbo carrancear no es robar, sino pasear por la avenida Venustiano Carranza para que todos lo vean.

Al ser el desierto una playa sin final, sólo la mitad del sonido que se cuele entre las caracolas, muchos poetas potosinos han optado por cantar al mar. Mario Alonso en su poemario *Soledad* está esperando el mar, se da cuenta de que “es /el mar /tan simple /como el mar, sólo el mar /mar...”

Es ejemplar que el libro más conocido del poeta Manuel Calvillo sea *El libro del emigrante* (1971), y que en *El fondo de las cosas* (2007) su hijo, el también poeta Tomás Calvillo Unna nos confiese: “La sed de luz nos trajo aquí, primero al oasis, después al espejismo”, o en su poema *Altiplano* hable “el flujo invisible del agua /bajo el zumbir de las moscas”.

Para Calvillo Unna el mar “tiene la virtud de perdurar /en el corazón y en el hueco de las manos”, donde la poesía le permite ver “Contornos flamígeros de las cosas, /azules venas del aliento, /llamada en silencio: llamarada. /Nudos de carne y sangre /en el vientre”.

Hugo Lázaro Aguilar (*Poemas para ciegos*, 2007) reconoce que “el mar era una violenta flama /una lejanía en mi desierto /yo supe de su llanto /el verbo doliente de su horizonte /el mar era una violenta descarga /una violencia basada en adioses”.

Eudoro Fonseca Yerena es claro: “Brisa del desierto, /itinerario de llanto entre las piedras, /sosiega este valle /que sufre la ausencia de mar”.

Otro que se fue y regresó casi al morir fue Miguel Álvarez Acosta, más conocido como político que como poeta, tal vez merecidamente, pero quien en su *Canto a la ciudad de San Luis Potosí* confiesa: “Como quien se desata de su propia raíz /y se disgrega en un mar infinito, /así, un día, dejé tu paz bucólica y serena /y até mi báculo al clamor del viento /por cumplirte, oh San Luis, una promesa: /volveré como Ulises, viejo y sabio /a enjugar el tormento de Anticlea...”

Héctor Esquer en *Las tentaciones de Lucifer* proclama: “El silencio tiene raíz donde nos duele Lázaro con su sapiencia en resurrecciones /el pétalo donde las aguas escriben el transcurso del desierto /dios que muerde el polvo /astilla oscura donde el rostro se derrama en murciélagos /y bellas maneras de mirar a Sodoma que pende ahorcada del patíbulo del cielo”.

No sólo por la falta de precipitaciones es que existe un desierto. En la aceptación de los componentes naturales, reflejados en el ser desintegrado de la actualidad, el desierto es el no lugar, un silencio en mucha de la literatura hecha en San Luis Potosí o por potosinos, pero en su domesticación literaria reside la posibilidad de compararlo, habitarlo, hacerse uno con él. •

ALEXANDRO ROQUE. San Luis Potosí, 1971. Escritor, editor, fotógrafo y periodista. Coordinador de Difusión de El Colegio de San Luis y profesor de la licenciatura en lengua y literaturas hispanoamericanas de la UASLP. Blog: <http://alexandroroque.blogspot.com>. Correo electrónico: debajodelagua@gmail.com